

Relaciones entre Sociología y Trabajo Social: de una visión unitaria a un pluralismo paradigmático

José Manuel FERNANDEZ FERNANDEZ

Sociología y trabajo social han mantenido a lo largo de su historia unas relaciones que han estado muy lejos de ser lineales. La compleja interacción entre ambas disciplinas se ha visto acentuada por los cambios de paradigma, las fluctuantes demandas de la sociedad, la búsqueda de un status académico y las definiciones de la identidad profesional.

En el momento actual, tanto la sociología como el trabajo social están elaborando nuevas síntesis que pretenden superar los antagonismos aparentemente irreconciliables entre los diferentes paradigmas y sus correspondientes programas de investigación, que a partir de la década de los sesenta disputaron la hegemonía que durante el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial había ostentado el estructural funcionalismo parsoniano¹.

El extraordinario esfuerzo intelectual que ha desplegado el trabajo social, especialmente en los Estados Unidos e Inglaterra, para consolidar su status científico hace más apremiante la necesidad de clarificar sus supuestos epistemológicos y sus relaciones con el conjunto de las ciencias sociales. El acervo de conocimientos prácticos acumulados por el trabajo social constituye, a su vez, un punto de referencia apreciable para la validación de las teorías sociales.

En este artículo me voy a centrar en las relaciones entre sociología y trabajo social desde una perspectiva diacrónica. Considero que este modo de proceder permite apreciar mejor las distintas fases por las que esas relaciones han pasado y las posibilidades latentes en la coyuntura actual.

1. ORIGEN COMUN

El trabajo social y las ciencias sociales, en algunos países como los Estados Unidos, experimentaron un primer desarrollo a partir de una recuperación compartida por la reforma social para superar la problemática social del alcoholismo, crimen, pobreza, etc., generada por un acelerado proceso de industrialización y urbanización durante la segunda mitad del

siglo XIX y principios del siglo XX. Los primeros sociólogos norteamericanos heredaron de Comte y Spencer su fervor positivista para extender la ciencia a la esfera social de la vida². Sin embargo, esta herencia intelectual se indigenizó al ser aplicada a las condiciones sociales autóctonas, en conexión con organizaciones de tipo reformista como el *Social Science Movement*³.

Entre los ingredientes del modelo empleado por esos sociólogos pioneros, a los que W. Mills denomina *social pathologists*, cabe destacar su énfasis en los «problemas de cada día», su definición de la desorganización como «desviación de las normas» sin que éstas sean cuestionadas; una concepción liberal multifactorial que evita tener que tomar una posición política; el paradigma implícito de una sociedad democrática campesina y una versión, también rural, del orden y de la estabilidad; la necesidad de integración o «ajuste del nuevo inmigrante»⁴.

En 1865 se formó la American Social Science Association, preocupada tanto de los hechos sociológicos como de la reforma social. Por su parte, los trabajadores sociales norteamericanos se interesaron realmente por las explicaciones que estaban proporcionando los primeros sociólogos de aquel país. La contribución pionera de Mary Richmond a la teoría del trabajo social, con su énfasis en los factores para entender al individuo, es deudora de la estructura conceptual que algunos sociólogos como C. H. Cooley (1868-1929) estaban comenzando a proporcionar para considerar al hombre en la sociedad⁵.

En otro de los países pioneros en trabajo social, como es Gran Bretaña, las relaciones entre sociología y trabajo social durante la etapa fundacional de ambas disciplinas fueron más ambiguas. El trabajo social británico tiene sus orígenes en la Charity Organization Society, en la segunda mitad del siglo XIX, momento en que el pensamiento social de aquel país estaba dominado por el darwinismo social de Spencer (1820-1903). La COS se adhirió acriticamente a la doctrina de la inadecuación social como causa de la pobreza, aunque en su interior se produjo cierta divergencia entre los trabajadores sociales de las delegaciones de distrito, quienes partiendo de su experiencia concreta se inclinaban a rechazar dicha doctrina, y el Consejo Central de la Sociedad, rígidamente anclado en el individualismo dogmático⁶.

En coherencia con esta segunda actitud, la COS se opuso a las conclusiones del clásico estudio sobre la pobreza realizado por Charles Booth (1840-1916) durante los años 1889-1903, *Life and Labour of the People of London*, el cual proporcionó un valioso modelo para los futuros estudios sociales en Gran Bretaña e impuso el tradicional interés sociológico británico en los resultados prácticos y en la mejora social. La investigación de Booth mostró la existencia de una correlación estadística entre pobreza, miseria y crimen, lo que cuestionaba el supuesto de la inadecuación individual con el que estaba trabajando la COS.

A la vuelta del siglo, los trabajadores sociales británicos se vieron obligados a considerar los factores ambientales con más detenimiento del que sugerían los conceptos de «mérito» y «demérito» sustentados inicialmente por la COS, pero no lograron desarrollar un conocimiento sistemático sobre las condiciones sociales similar al que había conseguido el trabajo social norteamericano de la época, cuya máxima expresión la hallamos en la obra de intensa orientación sociológica *Social Diagnosis* (1917) de Mary Richmond⁷.

Lo que en cualquier caso me parece interesante destacar en este momento es que a principios del siglo XX existía un consenso general entre los trabajadores sociales sobre la importancia de las ciencias sociales como base científica de su profesión.

2. CAMINOS DIVERGENTES

La década de los veinte fue de auténtico divorceio entre el trabajo social y la sociología norteamericana. El impacto del psicoanálisis contribuyó a dar un giro psicologista al trabajo social, que comenzó a considerar los problemas de inadaptación en términos más subjetivos y a indagar las causas de los problemas en el significado de la experiencia individual. El psicoanálisis le proporcionó al trabajo social de este período gran parte de la base psicológica necesaria de la que carecía la obra de Mary Richmond⁸.

La búsqueda de un status académico por parte de la sociología y de un reconocimiento profesional por parte de los trabajadores sociales, contribuyeron en gran medida a esa separación. La sociología, obsesionada por conseguir un status académico incuestionable a partir de la creación de la American Sociological Association en 1906, fue acentuando una tendencia creciente hacia el desarrollo de sus aspectos más formales y muchos sociólogos intentaron distanciarse de las connotaciones reformistas y prácticas del primer período. Existieron algunas excepciones, como en el caso de los estudios criminológicos y urbanos, pero esto no fue suficiente para que la sociología y el trabajo social dejases de darse la espalda durante casi tres décadas⁹.

Considerada desde nuestra perspectiva actual, la sociología americana de entreguerras, y de modo más concreto la escuela de Chicago, ofrece un interés especial para el trabajo social. El clásico estudio de W. I. Thomas y F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America* (1919-1921), supuso el primer intento a gran escala de aplicar los conceptos sociológicos a los problemas contemporáneos y a la desorganización social de una sociedad industrial. A este estudio siguieron otros que abordaban los problemas de los inmigrantes (Park y Miller, 1921), la inadaptación social (W. I. Thomas, 1923), la delincuencia juvenil (Clifford Shaw, 1930, 1931 y 1938; Frederick M. Thrasher, 1927; Zorbaugh, 1929), los desórdenes menta-

les generados por las diferentes áreas ecológicas de la ciudad (Faris y Dunham, 1939), la desorganización familiar en el espacio urbano (Mowrer) el suicidio (Ruth Cavan, 1929), la mendicidad (Nels Anderson, 1923) y las relaciones interétnicas (R. E. Park, 1925).

Las monografías sobre diferentes aspectos de la marginación social producidas por la escuela de Chicago aún en la actualidad nos siguen pareciendo impresionantes, tanto por su cantidad como por el rigor metodológico con que fueron realizadas. Algunas de ellas se han hecho célebres por sus métodos y descubrimientos, como el estudio de Nels Anderson *The Hobo* (1923), la investigación de Frederick Trasher sobre las bandas de delincuentes juveniles (1927) o la biografía de un delincuente juvenil de Clifford Shaw (1930). Siguiendo las orientaciones de Robert Park, los estudios de la escuela de Chicago consiguieron elaborar un marco flexible de referencia de orientación teórica y macrosociológica para el estudio empírico de los fenómenos de la vida cotidiana en la gran ciudad moderna¹⁰.

Sin embargo, los trabajadores sociales se hallaban en ese período embarcados en la tarea de organizar y estructurar su trabajo de acuerdo con una definición abstracta de lo que según Abraham Flexner debía ser una profesión¹¹. Siguiendo sus orientaciones, los trabajadores sociales se convencieron de que el trabajo social debía reducir su foco, especializarse y desarrollar una técnica educacionalmente comunicable si quería ser aceptado como una profesión. Existía consenso sobre la necesidad de desarrollar el *casework* con individuos como la técnica más apropiada¹². Pero, debido al impacto del psicoanálisis, la definición del trabajo social se redujo al trabajo de casos psiquiátricamente orientados. De este modo, el bienestar público, la reforma social y laboral, y la movilización de relaciones y recursos quedaron al margen de sus intereses profesionales. Como ha observado Ruy Lubove, «los trabajadores sociales no se dieron cuenta de que la apertura de líneas de comunicación entre individuos, clases sociales e instituciones, y la movilización de recursos comunitarios podían defenderse como responsabilidades “profesionales legítimas”»¹³.

El divorcio predominante en el período de entreguerras no impidió que se mantuviesen algunos contactos secundos entre sociología y trabajo social. En 1931, Robert Mac Iver presentó uno de los pocos intentos realizados por un sociólogo para examinar las relaciones entre ambas disciplinas. Aunque la sociología, según él, carece de implicaciones terapéuticas directas para el trabajo social, sin embargo, le proporciona «la base para el desarrollo de esa filosofía social que debe integrar el pensamiento del trabajador social, la cual debe controlar la dirección e iluminar la meta de sus actividades». Mac Iver distingue entre la sociología como ciencia, interesada en las relaciones sociales, y el trabajo social como arte, cuyo objeto sería contribuir a la eliminación de los desajustes particulares que padecen los individuos en situaciones sociales específicas. En cuanto ciencia, la sociología no puede prescribir la práctica o la reforma, sino sólo sugerir el modo en que se

desarrollan los problemas sociales y las posibilidades de cambio, si es que se desea. Corresponde al trabajador social adoptar decisiones para abordar los problemas sociales y esto se hace desde «la esfera de los valores».

Frente al darwinismo social de los discípulos de Spencer, Mac Iver destacó la interdependencia y cooperación entre los seres humanos como algo de lo que no puede prescindir la sociología contemporánea. En este sentido se opuso a algunas ideas de su tiempo sobre la inutilidad de la mejora ambiental y el trabajo social. La sociología nos muestra la compleja interacción de los factores sociales y biológicos y, más en concreto, el modo en que el ambiente afecta a las creencias, motivaciones y actitudes. Por otra parte, en respuesta a la crítica socialista al trabajo social, Mac Iver reconoce que si bien la mayoría de los problemas con que se encuentran los trabajadores sociales son generados por el sistema económico, sin embargo, siempre existe algún elemento personal en la causalidad de los problemas sociales.

Mac Iver considera el trabajo social como un producto de la transición hacia la sociedad industrial compleja, cuya función consiste en mitigar los efectos de derrumbe del soporte comunitario y de los valores en que se fundamentaba, ayudando al cambio social y a la adaptación a las nuevas condiciones sociales. A su juicio, adelantándose a lo que habría de ser la filosofía del *New Deal*, el Estado debía responsabilizarse de establecer unas condiciones de vida mínimas para todos los ciudadanos y el servicio público debería reemplazar de modo gradual la asistencia voluntaria, especialmente en la lucha contra la pobreza, lo que implicaba una mayor especialización del trabajo social para hacer frente a la creciente diferenciación de las instituciones sociales y a la creciente complejidad de la sociedad¹⁴.

Cuando el presidente Roosevelt lanzó el *New Deal* en 1933 para enfrentar los efectos sociales de la Gran Depresión, los trabajadores sociales no se hallaban preparados para responder a los desafíos del momento. La profesión ofrecía una técnica terapéutica bastante desarrollada, pero lo que los clientes demandaban era la administración y planificación del bienestar social. La profesión prefería las agencias privadas y las clínicas, mientras que los nuevos programas masivos eran impulsados por las agencias públicas. Esta inadecuación produjo cierta escisión en la profesión. Por una parte, estaba la corriente principal de los trabajadores sociales que proseguían su meta tradicional de profesionalización; generalmente pertenecían a la Asociación Americana de Trabajadores Sociales (NASW); solían estar empleados en agencias privadas; seguían un modelo de técnica de cambio individual, terapéutico, y se formaban a través de los programas para graduados acreditados por la Asociación Americana de Escuelas Profesionales de Trabajo Social. Por otra parte había trabajadores sociales cuyas carreras eran generalmente un resultado directo de los problemas económicos del país; si pertenecían a alguna organización, ésta solía ser de tipo sindical; estaban empleados mayoritariamente en agencias públicas y más interesados en

implementar eficazmente programas públicos de bienestar que en hacer terapia con clientes; su formación específica, en caso de tenerla, la solían obtener de escuelas acreditadas por la Asociación Nacional de Escuelas de Administración Social. Este último grupo era muy crítico de las aspiraciones profesionales del anterior¹⁵.

3. REENCUENTRO FECUNDO

Después de la Segunda Guerra Mundial se produjo un reencuentro entre el trabajo social y la sociología que ha resultado muy beneficioso para ambas disciplinas. El acercamiento se dio desde ambas partes.

Por un lado, la sociología, bajo la hegemonía del funcionalismo, se consideraba sólidamente establecida como ciencia y desde esta posición volvió a interesarse por los problemas sociales concretos¹⁶. En 1946, Talcott Parsons había asumido la dirección del Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad de Harvard y desde su dirección estimuló el desarrollo de la teoría sociológica sistemática. Su ambición era unir las disciplinas de la psicología, la sociología y la antropología dentro de un único paradigma teórico integrador que había esbozado en su primera gran obra *La Estructura de la Acción Social* (1937). A pesar de algunas críticas aisladas, la construcción teórica parsoniana vino a dominar la teoría sociológica anglosajona a lo largo de las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

El modelo parsoniano se inspiraba en la mecánica clásica y su primer objetivo era definir un conjunto de combinaciones posibles de acción. Con esa finalidad estableció las «variables pauta» en su obra *El Sistema Social* (1951), mediante las cuales pretendía brindar un vocabulario exhaustivo para abordar toda clase de situaciones sociales y de tipos de sociedades¹⁷. Parsons incluso fue más allá, al tratar, junto con Shils y la colaboración de otros colegas como el antropólogo Clyde Cluckhom y el psicólogo Gordon W. Allport, de elaborar una teoría general de la acción que tuviese el efecto de construir un sistema omnímodo para el análisis de las acciones sociales, de modo similar a la teoría general del equilibrio construida por Walras para la economía. Se trataba en este caso de proporcionar al científico social un marco analítico para discernir diferentes tipos de acción, comprender los niveles de complejidad y hacer comparaciones entre fenómenos aparentemente dispares¹⁸.

A pesar de su elevado nivel de abstracción, la obra de Parsons, junto con la de R. K. Merton, ha tenido una considerable influencia en la teoría del trabajo social, especialmente en los Estados Unidos¹⁹. Además de su análisis de los sistemas sociales como sistemas de relaciones entre los individuos y los grupos, ha suscitado un interés particular su teoría de la socialización en el ámbito de la familia²⁰.

Por lo que se refiere al trabajo social, durante el período posterior a la

Segunda Guerra Mundial continuó predominando en los Estados Unidos la corriente mayoritaria que ponía el énfasis en la profesionalización y que consideraba que la perfección de una técnica educacionalmente comunicable era la clave de su status profesional. Sin embargo, se produjo una novedad muy importante al introducir la ciencia social, lo mismo que la psiquiatría y la psicología, como un elemento fundamental del trabajo social.

Los estudios sobre la relación entre teoría y práctica del trabajo social adquirieron cada vez más relevancia y en ellos se pueden apreciar varias corrientes de aproximación al tema.

En primer lugar se hallaba la corriente patrocinada por la Asociación Nacional de Trabajadores Sociales (NASW), que ponía el énfasis en el desarrollo de una teoría específica del trabajo social. En un encuentro organizado por la Sección de Investigación en Servicios Sociales de la NASW, en junio de 1959, Martín B. Loeb presentó una ponencia en la que sostendía que «una de las grandes necesidades del servicio social es una teoría de la patología social que defina los problemas del servicio social en relación con la práctica y competencia del trabajo social»²¹. La búsqueda del conocimiento propio de una disciplina se vinculaba con la necesidad de formar a los futuros profesionales y se reconocía que la teoría del servicio social, al igual que la de las otras «ciencias profesionales», era sólo una ordenación de ciertos conocimientos para ciertos fines. Un nuevo acercamiento de la NASW al tema de la relación entre teoría y práctica del trabajo social fue realizado en 1962 en otra comisión de esa organización presidida por Marriet Barlett, quien reconocía que la profesión había carecido de un marco acumulativo de teoría y había estado dando saltos de un énfasis a otro, consecuencia de lo cual era la amplitud y vaguedad de las funciones del trabajo social. Hasta ese momento, observaba, la mayoría de los conceptos usados por la teoría del trabajo social habían procedido de otras disciplinas y, dado que la perspectiva de crear conocimientos interdisciplinarios parecía remota, sostenía que el trabajo social debía crear su propia teoría intradisciplinaria: «Recién ahora, comienza a reconocerse que el trabajo social, a partir de su experiencia, está desarrollando su propia contribución al conocimiento, la cual no es una sabiduría práctica, sino generalizaciones que son testables y verificables científicamente»²².

Otra corriente sobre esa cuestión es la liderada por Ernest Greenwood, quien sitúa al trabajo social dentro de las tecnologías. Se trataría en este caso de una tecnología del cambio social; y el conocimiento tecnológico, destinado a controlar el mundo, estaría cargado valorativamente, mientras que el conocimiento científico, orientado hacia el entendimiento del mundo, estaría libre de valores²³.

Greenwood ha valorado positivamente el acercamiento que se produjo después de la Segunda Guerra Mundial entre ciencias sociales y trabajo social. Según él, la forma más común de estimular la relación entre las ciencias sociales y el trabajo social es que los trabajadores sociales se

familiaricen con la teoría de las ciencias sociales. Pero, para poder aprovechar el conocimiento teórico producido por las ciencias sociales, el trabajo social debe convertirlo en algo utilizable. En este sentido «la investigación del potencial contributivo de la ciencia social debería seguirse en dos direcciones: a) construcción de tipologías de diagnóstico y tratamiento para el trabajo social, y b) análisis de las implicaciones valorativas de la teoría del trabajo social»²⁴.

La teoría científico-social puede transformarse en principios para la práctica si se siguen los procedimientos lógicos implícitos en el modelo de la ingeniería. Si este no se ha realizado todavía, se debe, por una parte, a que «las teorías de las ciencias sociales son aún vaga e insuficientemente formuladas para facilitar su propia aplicación», y, por otra, a que «tanto los problemas como las metas del trabajo social son demasiado amplias y difusas». Pero la etapa actual en las relaciones entre trabajo social y ciencia social es algo transitorio que debe interpretarse como «un prerrequisito y un preludio de una nueva etapa avanzada en la relación entre ciencia social y trabajo social, una etapa futura en la que podremos contemplar la realización del modelo de la ingeniería»²⁵.

El creciente interés de los trabajadores sociales por las teorías y la investigación sociológicas se correlaciona con su participación en la planificación y ejecución de programas de servicios y acción sociales orientados hacia la comunidad en los planos de la delincuencia, la pobreza y la salud mental, entre otros. Los programas relativos a la delincuencia y a la juventud han sido concebidos en términos de un cambio en las condiciones sociales y no sólo en los individuos. Así, algunos programas para la prevención y control de la delincuencia, como el impulsado en la ciudad de Nueva York en 1961, ponía el énfasis en la expansión de oportunidades para los jóvenes²⁶. Un aspecto importante de los programas contra la pobreza ha sido el alentar a los pobres a participar en la acción comunitaria, basándose para ello en teorías sobre la representación y el poder²⁷.

Esta nueva orientación del trabajo social no se limitó a los Estados Unidos, sino que tuvo resonancia universal, tal como se puso de manifiesto en el XI Congreso Internacional de Escuelas de Trabajo Social, celebrado en Brasil en 1962. Allí pudo apreciarse que el centro de atención del trabajo social había comenzado a desplazarse hacia el cambio social, el desarrollo social y el trabajo comunitario como los desafíos más apremiantes para la profesión²⁸.

De ese modo se fueron afianzando cuatro niveles interrelacionados en la teoría y práctica del trabajo social: a) nivel interpersonal; b) nivel de los organismos; c) nivel de la comunidad; d) nivel societal. Los objetivos de la práctica del trabajo social iban desde la ayuda al individuo hasta el cambio de algunos rasgos del sistema social, y los métodos para conseguir tales objetivos variaban desde el uso de la interacción personal hasta la intervención en la legislación social.

En todos y cada uno de esos niveles el análisis sociológico parecía cada vez más importante y la colaboración de la ciencia social y el trabajo social prometía ser fructífera. El surgimiento de esos niveles en los intereses profesionales de los trabajadores sociales hizo más evidente la utilidad potencial de la teoría e investigación social. Por otra parte, a los científicos sociales se les planteó la exigencia de investigar problemas que sus disciplinas habían descuidado²⁹.

4. MULTIPLICIDAD PARADIGMATICA

La década de los sesenta significó un desafío insuperable para la hegemonía que en el campo de la teoría sociológica venía ejerciendo el funcionalismo parsoniano desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Como ha señalado Jeffrey C. Alexander, las propuestas teóricas generales de Parsons «estaban ligadas a sus esperanzas políticas para la revitalización del mundo de posguerra... La teoría no sólo explicaría mejor la inestabilidad social, sino que contribuiría al proceso mediante el cual se alcanzaban el consenso político y el equilibrio social»³⁰. La teoría parsoniana acerca de la evolución de la sociedad moderna dependía de la posibilidad de crear un «Estado benefactor» poscapitalista y pos-socialista. Este sistema social sería capaz de combinar el individualismo con la igualdad, y trascendería los conflictos de la primera sociedad industrial al integrar dentro de una amplia comunidad societaria grupos antes oprimidos por cuestiones religiosas, raciales y sociales.

Sin embargo, diversos acontecimientos, como los cambios en la sensibilidad subjetiva y los cambios objetivos en la política y estructura social, contribuyeron a la creación de una atmósfera ideológica más pesimista y crítica a fines de la década de los cincuenta. Esta nueva sensibilidad ideológica motivó críticas teóricas al funcionalismo porque surgió junto con significativos cambios en el marco institucional de la sociología occidental. Con la recuperación de la estabilidad y la opulencia de Europa se desarrollaron nuevas instituciones académicas que dieron un apoyo sin precedentes a la sociología. Estos nuevos departamentos de sociología se convirtieron en un importante apoyo institucional del movimiento antifuncionalista. A su vez, en los Estados Unidos, con la difusión de la educación masiva en la década de los cincuenta, surgieron nuevos e influyentes departamentos de sociología, como los de Wisconsin, Berkeley, UCLA y Stanford, que brindaron recursos organizativos a los jóvenes sociólogos afectados por el clima ideológico más pesimista de la fase tardía de la posguerra. En estos departamentos surgieron los cuestionamientos norteamericanos de Parsons³¹.

El impulso del funcionalismo hacia la integración teórica fue víctima de la rebelión social e intelectual que comenzó en los sesenta y continuó en los setenta. Los diferentes ataques al funcionalismo surgieron de una serie de

aproximaciones microsociológicas, por una parte, y de varias versiones de las perspectivas macro orientadas al conflicto, por otra. A mitad de los setenta resultaba evidente que había ocurrido una especie de revolución en el campo de la teoría sociológica. En lugar de un paradigma hegemónico, eran varios los que competían por el predominio, sin que ninguno lo consiguiese de modo indiscutible. La institucionalización de esta situación marcó la segunda fase de la sociología de posguerra³².

Se desvanecía así el ideal de la «ciencia unificada» promovido por el empirismo lógico y apropiado acríticamente por muchos teóricos sociales del período anterior. La conmoción ha sido tan profunda que, incluso dentro de la filosofía de la ciencia natural, la fortaleza del empirismo lógico se ha resquebrajado ante los ataques de escritores como Kuhn, Toulmin, Lakatos y Hesse. A su vez, ha emergido una nueva filosofía de la ciencia natural que rechaza muchos de los supuestos de las perspectivas anteriores. Se desecha la idea de que puede haber observaciones teóricamente neutrales, al tiempo que los sistemas de leyes deductivamente vinculadas deja de considerarse como el ideal supremo de la explicación científica. Más aún, la ciencia ha pasado a considerarse un esfuerzo interpretativo, de modo que los problemas de significado y comunicación son inmediatamente relevantes para la teoría científica³³. Estos desarrollos en la filosofía de la ciencia natural han influido inevitablemente en la concepción de las ciencias sociales y del trabajo social³⁴.

Uno de los principales desafíos a la hegemonía funcionalista provino de la teoría del conflicto, que no se limitó a la teoría general, sino que informó y dividió algunos de los subcampos más cruciales de la sociología empírica. La sociología política, las relaciones raciales y étnicas, la estratificación, la conducta colectiva y otras muchas áreas resultaron profundamente afectadas por el cuestionamiento que Lewis Coser, Ralf Dahrendorf y John Rex, entre otros, hicieron de Parsons como teórico del orden³⁵.

Otro movimiento crítico del funcionalismo parsoniano es la «teoría del intercambio», inicialmente propuesta por George Homans en un libro publicado en 1961, *Conducta social: sus formas elementales*³⁶, que pronto se transformó en una corriente difundida en todas las ciencias sociales y afectó profundamente el trabajo sociológico en casi todos los campos empíricos³⁷. Para Homans la teoría estructural funcionalista no es verdaderamente científica, es demasiado general y abstracta, demasiado interesada en producir conceptos y definiciones, demasiado centrada en la formulación de modelos generales. Como hay una gran distancia entre ese nivel general y los procesos de toda la sociedad específica, el funcionalismo no puede señalar la causa precisa de ningún efecto específico. Sin embargo, «la sociología debe explicar los rasgos reales y no sólo los rasgos generalizados de una sociedad generalizada»³⁸; si desea dar explicaciones de verdad debe centrarse en las circunstancias cambiantes, en los elementos contingentes de la conducta social, «introducir a los hombres» de nuevo en el juego teórico³⁹.

El declive de la sociología funcionalista de Parsons fue acompañado también por el resurgimiento del interaccionismo simbólico. La publicación de las obras teóricas de Blumer en la década de los sesenta impulsó a los teóricos más jóvenes de esta corriente a desarrollar enfoques «interaccionistas» en diversos subcampos empíricos⁴⁰. Según Blumer, Parsons y los funcionalistas en general tratan la conducta humana como si fuera el mero producto de factores que «influyen» sobre los seres humanos. Para estos teóricos las acciones son «meras expresiones o productos de lo que las personas traen a su interacción o de condiciones que son previas a tal interacción»⁴¹; conciben que los sistemas sociales operan «automáticamente», sin ninguna referencia a los seres humanos reales.

A diferencia de Homans, Blumer se interesa por la comunicación y no por el intercambio: «La acción de un ser humano consiste en tener en cuenta diversas cosas en las cuales reparar y forjar una línea de conducta basada en su interpretación de ellas. En la mayoría de las situaciones en que las personas actúan unas hacia otras, tienen de antemano una firme comprensión de cómo actuar y de cómo actuarán los demás. Comparten significados comunes y preestablecidos acerca de lo que se espera en la acción de los participantes, y por ende cada participante puede guiar su propia conducta mediante tales significados»⁴².

A partir de los planteamientos de Blumer se han desarrollado varias líneas de trabajo interaccionista. Una de ellas sigue un «blumerismo» relativo puro, insistiendo en los significados negociados y adhiriéndose estrechamente al estudio de interacciones inmediatas. Este fue el camino seguido por Howard Becker y otros teóricos del «etiquetamiento» que cuestionaron la idea funcionalista sobre las tensiones estructurales del sistema social como causa de la desviación social⁴³. Otra tendencia de interaccionismo es la representada por la teoría de la «conducta colectiva» de Ralph Turner, que intenta describir el cambio en términos de patrones abiertos de interacción individual y grupal, y no de las causas estructurales⁴⁴. Una tercera tendencia del interaccionismo moderno es la «escuela de Iowa», que intenta elaborar teorías relativamente complejas y deterministas acerca de cómo opera y cómo cobra existencia el *self* social. Un teórico reciente de esta tradición, Sheldon Stryker, presenta el interaccionismo como si fuera básicamente una modificación de la teoría de los sistemas sociales⁴⁵. Hay, finalmente, una cuarta línea del interaccionismo que reconoce la relevancia de la dimensión colectiva de la acción social, pero no renuncia del todo al énfasis en la iniciativa contingente. Por ejemplo, algunos trabajos de Gusfield consideran los valores y las estructuras de poder como elementos contingentemente manipulables pero, no obstante, flexibles que no se pueden superar del todo⁴⁶. El teórico más destacado de esta línea ha sido Goffman, cuyos brillantes estudios «han hecho más que ningún otro para legitimar esta tradición como una línea importante de la teorización posparsoniana»⁴⁷.

La etnometodología, fundada en la década de los sesenta por Harold Garfinkel, supuso otro cuestionamiento radical funcionalismo parsoniano. Con la publicación en 1967 de su obra *Estudios de Etnometodología*, Garfinkel inició una aproximación nueva y diferenciada al análisis sociológico, que estimuló la realización de una serie de trabajos empíricos cada vez más diversos e influyentes.

El esfuerzo teórico de Garfinkel se ha centrado en una serie de cuestiones conceptuales que siempre han sido temas centrales de la sociología, como la teoría de la acción social, la naturaleza de la intersubjetividad y la construcción social del conocimiento. Estos temas tienen amplias ramificaciones teóricas y metodológicas en la conceptualización de la organización social. Garfinkel se ha aproximado a ellos a través de una serie de exploraciones de las propiedades elementales del razonamiento práctico y de las acciones prácticas. En sus estudios ha intentado separar la teoría de la acción de la preocupación tradicional por las cuestiones motivacionales y recenetrar la cuestión en los modos cómo los actores, consciente o inconscientemente, reconocen, producen y reproducen las acciones y las estructuras sociales⁴⁸.

Una de las principales líneas de investigación derivadas de las iniciativas de Garfinkel es la que se ha centrado en la tipificación o normalización como característica del razonamiento y juicio del sentido común. Correspondió a Cicourel el desarrollar la «forma normal de tipificación» como tema metodológico. Gran parte de la investigación empírica sobre la tipificación surgió en el campo de la desviación social o trata de procedimientos relacionados con la toma de decisiones burocráticas en el «tratamiento de la gente». Aunque este enfoque guarda cierta afinidad con la perspectiva del etiquetamiento a la que me referí anteriormente, sin embargo, ambos enfoques difieren en dos puntos fundamentales. Primero, los estudios etnometodológicos evitan la premisa nominalista del etiquetamiento de que la desviación social es un producto de las reacciones sociales ante determinados comportamientos; segundo, rechazan como excesivamente simple la concentración de los teóricos del etiquetamiento en la distinción entre los etiquetados correcta o incorrectamente. Los estudios etnometodológicos se centran directamente en las prácticas organizativas y en las contingencias del proceso de definición⁴⁹. Otra línea fecundada de investigación dentro de la corriente etnometodológica es el análisis de conversación. En lugar de especular sobre características idealizadas de la acción social, los analistas de la conversación han dirigido sus investigaciones empíricas hacia «acciones sociales particulares y secuencias organizadas de ellas»⁵⁰. El resultado de tales estudios ha sido el desarrollo de una amplia literatura con resultados de gran alcance y poder cumulativo, que ha tenido un impacto considerable en las disciplinas vecinas de la psicología social, la lingüística y la ciencia cognitiva⁵¹.

Las líneas básicas de investigación del análisis conversacional fueron desarrolladas en varios artículos de Sacks, Schegloff y Jefferson⁵². Sus

análisis, de acuerdo con la tradición etnometodológica, se centraron en los procedimientos por los que los participantes sociales ordinarios dirigen sus asuntos interaccionales. Durante los últimos años el análisis de conversación se ha centrado en los estudios de interacción en una serie de escenarios institucionales que implican roles sociales muy definidos como aulas, juzgados, clínicas, etcétera⁵³.

Con las referencias anteriores aún estamos muy lejos de haber reseñado todos los paradigmas sociológicos que han disputado la hegemonía al estructural-funcionalismo parsoniano. La sociología crítica, el estructuralismo, el marxismo crítico y el accionalismo son algunas otras de las grandes corrientes teóricas de la sociología contemporánea. Las tensiones paradigmáticas, que han estado presentes en la teoría sociológica desde sus inicios, han sido la nota dominante durante las últimas décadas⁵⁴.

El clima social e intelectual de los sesenta también dejó su huella en la teoría y práctica del trabajo social. Las protestas estudiantiles elevaron las demandas de los consumidores de servicios sociales en muchos países occidentales y los grupos minoritarios y étnicos tomaron nueva conciencia de su fuerza potencial como agentes organizados de cambio. Haciéndose eco de esta situación las escuelas de trabajo social de los Estados Unidos diversificaron sus currícula y en algunos países europeos la democratización de las escuelas de trabajo social condujo al recelo de cualquier currículum establecido. En algunos países, el estudio de casos, anteriormente muy apreciado, llegó a considerarse como el gran obstáculo en el avance hacia una profesión más madura y relevante. Donde se llegó más lejos en esta dirección fue en América Latina; allí se inició un proceso de reconceptualización que transformó la teoría y práctica del trabajo social en un arma al servicio de la promoción del cambio revolucionario. No ocurrió lo mismo en África y Asia; en este caso, si bien la mayoría de las escuelas comenzaron a cuestionar la viabilidad de sus programas, la acción coordinadora de la Asociación Internacional de Escuelas de Trabajo Social (IASSW) contribuyó a acentuar la importancia del desarrollo social como objetivo educativo y a impulsar el desarrollo de un currículum indígena⁵⁵.

El predominio de la teoría funcionalista hasta la década de los sesenta había ejercido una gran influencia sobre el trabajo social y reforzado su tendencia a considerar los problemas sociales en términos de patología social. Sin embargo, el surgimiento de una conciencia radical en el trabajo social y comunitario contribuyó a minar la anterior aproximación a los problemas sociales basada en las ideas de equilibrio, armonía y consenso de valores.

Los nuevos enfoques en teoría sociológica hacían aparecer como excepcionalmente simples las ideas predominantes en trabajo social acerca de la prevención y tratamiento de los problemas sociales. Muchos, si no todos, de tales problemas, se consideraban reducibles a cuestiones técnicas acerca de la relación entre variables y susceptibles de un tratamiento tecnológico. Las

nuevas orientaciones desafían tal visión al sugerir que los problemas sociales no pueden describirse adecuadamente ni comprenderse a menos que se tengan en cuenta los significados que la conducta y los problemas psicosociales tienen para los actores sociales. Una comprensión adecuada de la vida social implica, según el enfoque interaccionista, intentar descubrir los modos en que los actores sociales se comprenden a sí mismos e interpretan lo que están haciendo. Por su parte, las teorías críticas se centran en los procesos de la práctica del trabajo social y las contradicciones que les son inherentes.

La visión de que el trabajo social puede enriquecerse con las diferentes perspectivas de las ciencias sociales ha sido defendida explícitamente por algunos autores como Sheppard y Hardiker⁵⁶; sin embargo, se percibe un creciente interés por parte de los trabajadores sociales en teorías unitarias, como la teoría de los sistemas, paralelo al incremento del tamaño y complejidad de los departamentos de servicios sociales. El potencial crítico de muchos paradigmas no parece haber tenido suficiente eco en la práctica del trabajo social, donde han seguido predominando teorías unitarias que destacan la estabilidad y el mantenimiento del orden.

Durante la década de los ochenta, cuatro revistas norteamericanas especializadas en temas de trabajo social, *Social Service Review*, *Social Work Research and Abstracts*, *Social Work* y *Social Casework*, han servido de plataforma para un vigoroso debate sobre el método apropiado de investigación en trabajo social. Existe un consenso considerable entre los diferentes autores sobre el predominio de la aproximación empírica, positivista o «científica» en trabajo social. Pero la cuestión sobre si esta tendencia beneficia al trabajo social ha enfrentado a los defensores del paradigma empírico y los defensores del paradigma normativista⁵⁷.

La mayoría de los defensores del empirismo aceptan, no obstante, la validez de algunas críticas a las interpretaciones más restrictivas del empirismo. Así, algunos autores como Hudson, Schuerman y Geismar están de acuerdo en que el empirismo lógico es un modelo defectuoso de ciencia. Sin embargo, argumentan que un empirismo más pragmático debe predominar en la investigación en un trabajo social⁵⁸. Por el lado opuesto, las características de las alternativas al positivismo presentadas por Heineman, Ruckdeschel Imre y Farris, muestran grandes semejanzas con lo que Lecomte ha denominado la aproximación normativa a la investigación, descrita por otros como cualitativa⁵⁹.

5. HACIA UNA NUEVA SINTESIS

Durante la última década, tras la confrontación irreconciliable de paradigmas en las dos décadas precedentes, la teoría sociológica se ha desplazado hacia una posición cada vez más sintética, que J. Alexander ha calificado

como «posparsoniana»⁶⁰. Dentro de esta nueva corriente, el problema sistemático, o analítico, predominante es la reintegración del voluntarismo subjetivo y la restricción objetiva. Las antinomias que estructuraron el discurso sociológico de los sesenta y setenta han perdido su poder para formular debates actuales. Está emergiendo un nuevo tipo de teorizar que pone juntos elementos de tradiciones intelectuales que hace tan sólo una década se consideraban fundamentalmente irreconciliables.

Los esfuerzos actuales para articular los niveles micro y macro del análisis sociológico representan sólo una instancia de este movimiento hacia un discurso sintéticamente orientado⁶¹.

Hay, además, intentos de reconstruir la teorización acerca de la acción y el orden, el conflicto y la estabilidad, la estructura y la cultura. Prácticamente todos los principales representantes de las corrientes sociológicas actuales han propuesto sus esbozos de teoría sintética. Por ejemplo, los interaccionistas Becker, Stryker, Lewis, Fine, Musolf⁶², los teóricos del intercambio Coleman, Goode, Wippler⁶³ y los etnometodólogos Knorr-Cetina, Cicourel, Moloteh, Schegloff, Heritage y Greatbatch⁶⁴ están intentando articular sus análisis tradicionales de contingencia, negociación y voluntarismo con concepciones más convencionales de estructura social. De modo similar, aquellos que en un momento enfatizaban la primacía de lo objetivo, de las condiciones materiales, están ahora volviendo su atención también hacia consideraciones subjetivas y culturales, tal es el caso de Moore, Skocpol, Sewell, Darnton, Giddens, Collins y Habermas⁶⁵. También es notable el esfuerzo que están realizando algunos neofuncionalistas como Alexander, Müenich, Luhmann y Colomby⁶⁶ para realizar una síntesis que tenga en cuenta las principales objeciones que desde distintas posiciones paradigmáticas se formularon contra el sistema parsoniano.

Este giro sintético en la teoría general marca una fase diferenciada en la sociología de posguerra. Las polémicas y los conflictos aparentemente irreconciliables entre diferentes paradigmas ha dejado paso a una nueva sensibilidad teórica muy inclinada a las aperturas analíticas entre las distintas aproximaciones. Actualmente hay bastantes indicios de que las viejas líneas de confrontación se están desacreditando y está ganando *momentum* el movimiento hacia una nueva síntesis, que marca la tercera y actual fase de la sociología de posguerra⁶⁷. El amplio acuerdo entre los teóricos actuales acerca de la nueva orientación que ha de seguir la teoría sociológica no implica que hayan desaparecido los desacuerdos en cuestiones tan fundamentales como el mismo modo de interpretar la acción social⁶⁸.

Por lo que se refiere al trabajo social, también comienza a apreciarse un movimiento sintético para superar las antinomias entre empirismo y normativismo que animaron el vigoroso debate sostenido durante la pasada década acerca del método apropiado de investigación. Una síntesis que supere realmente el conflicto y las diferencias entre ambas visiones parciales situaría, sin duda, al trabajo social en una nueva dirección. En el mismo curso

del debate que acabo de mencionar se han manifestado algunos indicios explícitos e implícitos del deseo de moverse hacia una síntesis. Por ejemplo, Beckerman parecía caminar en esa dirección cuando argumentaba en 1978 que ambas partes del debate debían verse como interdependientes⁶⁹ y lo mismo ocurría con Haworth cuando intentaba en 1984 indentificar un paradigma emergente⁷⁰.

Actualmente parecen configurarse al menos tres posibles síntesis, cada una de las cuales representa un paradigma diferente, con sus supuestos cosmológicos, ontológicos, epistemológicos, éticos y políticos:

El paradigma crítico.—La investigación crítica hunde sus raíces en los escritos de Hegel y de Marx. La noción de proceso dialéctico y su universalidad se hallan en el centro de esta aproximación, en la que el conflicto juega un papel fundamental como modo de hacer avanzar el conocimiento. Así el paradigma crítico pretende presentarse como una síntesis del empirismo (tesis) y del normativismo (antítesis). La aproximación crítica es mucho más evidente en la literatura británica sobre trabajo social que la norteamericana⁷¹.

El paradigma «New Paradigm Research».—Un grupo que se autodenomina «New Paradigm Reseach Group», originario de Londres pero con participación mundial, está trabajando vigorosamente para desarrollar métodos de investigación que rompan totalmente con la herencia positivista⁷². Su aproximación es similar a la desarrollada por Feyerabend, Pepper, Burrell y Morgan⁷³. Todos ellos rechazan el carácter absoluto de cualquier posición paradigmática y adoptan un punto de vista relativista que defiende la necesidad e interdependencia de todas las posiciones para el desarrollo del conocimiento. Los enfoques empírico y normativo son sintetizados como componentes separados en una perspectiva epistemológica multimétodo. Dada la fuerte tradición ecléctica que ha prevalecido normalmente en trabajo social, es previsible que este paradigma llegue a tener amplia aceptación⁷⁴.

El paradigma creativo.—Así se denomina una tercera aproximación que se inspira en la obra de David Bohm, Karl Pribram, Ilya Prigogine y Rupert Sheldrake⁷⁵. La aplicación de sus ideas al trabajo social está siendo realizada por Colin Peile⁷⁶, entre otros. El paradigma creativo adopta una perspectiva holística de la realidad en la que las diferentes partes se hallan interrelacionadas. El centro de atención de la investigación creativa consiste en descubrir el todo indiviso implícito en cada segmento de la realidad. La síntesis creativa intenta reunir dos o más puntos de vista parciales en una visión unificada. Por ejemplo, el paradigma creativo pretende proporcionar una síntesis del empirismo y del normativismo, sugiriendo que si atendemos a la práctica actual, más que a su descripción empírica, encontramos elementos de cada una de las aproximaciones implícito en la otra, de modo que en la realidad ambas aproximaciones resultan inseparables. Los problemas surgen cuando tanto el empirismo como el normativismo son considerados como perspectivas completas y, por consiguiente, pueden suprimirse hallazgos

muy interesantes al no poder justificar la metodología empleada los medios para conseguirlos.

Estos tres paradigmas parecen proporcionar una resolución constructiva del debate que ha enfrentado al empirismo y al normativismo. Cada uno de ellos proporciona una aproximación a la investigación práctica y cualquiera de estas síntesis podría contribuir a liberar el debate de la situación de polarización y personalismo en que aún se encuentra.

Las diferentes dinámicas latentes en el debate crean posibilidades muy diferentes para el futuro. El resultado dependerá del compromiso y de las acciones de los implicados en el conflicto paradigmático, así como del contexto social, político y económico en el que se desenvuelve el trabajo social.

Cada una de las síntesis emergentes a las que me he referido tiene sus propias cualidades paradigmáticas que entran en conflicto con los paradigmas empírico y normativo. No se trata sólo de un cambio de método, sino de un cambio de paradigma. Conseguir esto es algo muy complejo. Sin embargo, un diálogo abierto entre todas las posiciones podría contribuir positivamente a su desarrollo y a que la investigación y práctica del trabajo social sean más eficaces y creativas. Lo que está ocurriendo en el campo de la teoría sociológica puede resultar altamente estimulante para avanzar en esa dirección.

CONCLUSION

Sociología y trabajo social han mantenido unas estrechas y complejas relaciones a lo largo de su historia, si exceptuamos el *lapsus* de entreguerras. Relaciones estrechas que tienen su fundamento en el objeto de ambas disciplinas, interpretar la acción social e incidir en ella, respectivamente. Relaciones complejas por las múltiples variables que confluyen en su interacción, de las que sólo he sugerido algunas.

Transformar los conocimientos teóricos de las ciencias sociales en herramientas útiles para el trabajo social es un desafío constante a la creatividad y capacidad de diálogo entre sociólogos, psicólogos, trabajadores sociales, políticólogos, etc. Algunos modelos, como el de la ingeniería social, han demostrado ser demasiado reduccionistas de la compleja realidad social y se fundamentan en una concepción positivista de la ciencia, que ha sido profundamente cuestionada durante las últimas décadas. Los diferentes paradigmas que han disputado la hegemonía del estructural-funcionalismo elaboraron diversas estrategias de investigación que han contribuido a enriquecer nuestra percepción del mundo social y las posibilidades de intervenir en él.

Actualmente, en un contexto social muy distinto del que emergieron los antagonismos paradigmáticos de las décadas de los sesenta y los setenta, se

están elaborando diversas síntesis que pretenden incorporar elementos que antes se consideraban irreconciliables. El denominador común de casi todas las teorías sociológicas vigentes es la centralidad del actor social. La proclama que hizo Homans en 1964: «Bringing Men Back In», ha tenido, sin duda, un extraordinario éxito.

NOTAS

¹ Para una visión panorámica de la evolución de la teoría social durante las últimas décadas ver GIDDENS, A., et al.: *La Teoría Social hoy*. Alianza, Madrid, 1990, y ALEXANDER, J. C.: *Las Teorías Sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis Multidimensional*. Gedisa, Barcelona, 1989.

² Cf. HINKLE, Roscoe y Gisela: *The Development of Modern Sociology. Its Nature and Growth in the United States*. Random House, Nueva York, 1954, p. 7.

³ MARSAL, J. F.: *La Crisis de la Sociología Norteamericana*. Península, Barcelona, 1977, p. 181.

⁴ MILLS, C. W.: *Power, Politics and People*. Ballantine Books, Nueva York, 1963.

⁵ LEONARD, P.: *La Sociología en el Trabajo Social*. Euramérica, 1968, p. 17.

⁶ Cf. LEONARD, P.: o. c.

⁷ RICHMOND, M.: *Social Diagnosis*. Russel Sage Foundation, Nueva York, 1917; GREENWOOD, E.: *Una Teoría de las Relaciones entre la Ciencia Social y el Trabajo Social*. Instituto de Servicio Social, Universidad de Chile, 1969.

⁸ Cf. POPPLE, P. R.: «The Social Work Profession: A Reconceptualization», en *Social Service Review*, n.º 4, vol. 59 (diciembre 1985), 560-577.

⁹ LOBOVE, R.: *The Professional Altruist: The Emergence of Social Work as a Career*. Harvard University Press, Cambridge, Mas., 1965.

¹⁰ PARK, R. E.; BURGESS, E. W., y MCKENZIE, R. D.: *The City*. University of Chicago Press, Chicago, 1925; PARK, R. E.: *The Urban Community*. Chicago, 1926; THOMAS, W. I.: *The Unadjusted Girl*. Chicago, 1923; SHAW, C.: *The Jack-Roller: A delinquency boy's Own Story*, 1930; *Delinquency Areas*, 1929; *Brothers in Crime*, 1938; *The Natural History of a Delinquent Caer*. Univ. of Chicago Press, Chicago, 1931; THRASHER, F. M.: *The Gang*. Chicago, 1927; ZORBAUGH: *The Golcoast and Slum*. Chicago, 1929; FARIS y DUNHA: *Mental Disorders in Urban Areas*. Chicago, 1939; MOWRER: *Family Desorganization*; ANDERSON, N.: *The Hobo*. Chicago, 1923.

¹¹ FLEXNER, A.: «Is Social Work a Profession?», en *Proceedings of the National Conference of Charities and Correction, 1915*. Hildmann Printing Co., Chicago, 1915.

¹² POPPLE, P. R.: o. c., p. 564.

¹³ LOBOVE, R.: o. c., p. 107.

¹⁴ Cf. Mac IVER, R.: *The Contribution of Sociology to Social Work*. Columbia University Press, Nueva York, 1931.

- ¹⁵ POPPLE, P. R.: *o. c.*, p. 265.
- ¹⁶ MEYER, H.: «Asistencia Social y Bienestar Social», en LAZARSFELD *et al.* (edit.): *La Sociología en las profesiones*. Paidós, Buenos Aires, 1971. p. 197.
- ¹⁷ PARSONS, T.: *La Estructura de la Acción Social*. Guadarrama, Madrid, 1968.
- ¹⁸ PARSONS, T.: *El Sistema Social*. Revista de Occidente, Madrid, 1966; PARSONS, T., y SHILS, E. A.: *Toward a general Theory of Action*. Harvard University Press, Harvard, Mass., 1951; BELL, D.: *Las Ciencias Sociales desde la Segunda Guerra Mundial*. Alianza, Madrid, 1984.
- ¹⁹ Cf. LEONARD, P.: *o. c.*, pp. 33-34; DAY, R.: *Sociology in Social Work Practice*. Mac Millan, Londres, 1987, pp. 11-12; HERAUD, B.: *Sociology and Social Work*. Pergamon Press, Oxford, 1970.
- ²⁰ PARSONS, T.: *Family, Socialization and Interaction Process*, 1955; PARSONS, T.: *et. al.*: *La Familia*. Península, Barcelona, 1970.
- ²¹ LOEB, M. B.: «The Backdrop for Social Research: Theory-making and model-buildindg», en KOGAN, L. (ed.): *Social Science Theory and Social Work Research*. NASW, Nueva York, 1960, p. 12.
- ²² BARLETT, H. M.: «Characteristics of Conference», en *Building Social Work Knowledge* (Reports of a Conference). NASW, Nueva York, 1964, p. 11.
- ²³ GREENWOOD, E.: *Una Teoría de las Relaciones entre la Ciencia Social y el Trabajo Social*. Instituto del Servicio Social, Universidad de Chile, 1969. (Conferencia pronunciada en la Universidad de Berkeley, California, en 1953.)
- ²⁴ GREENWOOD, E.: *o. c.*, pp. 24-25.
- ²⁵ GREENWOOD, E.: *o. c.*, p. 53.
- ²⁶ Mobilization for Youth: *A Proposal for the Prevention and Control of Delinquency by Expanding Opportunities*. Mobilization for Youth, Nueva York, 1961.
- ²⁷ Un ejemplo de la teoría subyacente en ese tipo de proyectos puede hallarse en HAGGSTROM, W. C.: «The Power of the Poor», en FERMAN, L. A.; KORNBLUH, J. L., y HABER, A. (comps.): *Poverty in America*. University of Chicago Press, Ann Arbor, 1965, pp. 315-334.
- ²⁸ KENDALL, K. A. : «The IASSW 1928-1978: A Journey of Remembrance», en *Discovery and Development in Social Work Education*. (Actas del XIX Congreso Internacional de Escuelas de Trabajo Social, Jerusalén, Israel, 14-18 de agosto de 1978.) IASSW, Viena, 1980, p. 164.
- ²⁹ Para una detallada bibliografía sobre las aportaciones de las distintas ramas de la sociología a cada uno de estos niveles del trabajo social consultar MEYER, H. J.: *o. c.*, en nota 16.
- ³⁰ ALEXANDER, J. C.: *Las Teorías Sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis Multidimensional*. Gedisa, Barcelona, 1989, p. 98.
- ³¹ Cf. ALEXANDER, J. C.: *o. c.*, pp. 99-102.
- ³² COLOMY, P.: «The Neofunctionalist Movement». Ponencia presentada en el XII Congreso Mundial de Sociología. Madrid, 9-13 de julio de 1990, p. 2.
- ³³ GIDDENS A., *et. al.*: *La Teoría Social Hoy*. Alianza, Madrid, 1990, p. 2;

NEURATH, O.: «Sociología en físcalismo», en AYER, A. (ed.): *El positivismo Lógico*. FCE, México, 1965; KUHN, T.: *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. FCE, 1971 (edic. o., 1962); BARNES, B.: *T. Kuhn y las Ciencias sociales*. FCE, México, 1986; LAKATOS, I.: *Matemáticas, Ciencias y Epistemología*. Alianza, Madrid, 1978; TOULMIN, S.: *La Comprensión Humana. El uso colectivo de los conceptos*. Alianza, Madrid, 1977.

³⁴ Cf. PEILE, C.: «Research Paradigms in Social Work: From Stalemate to Creative Synthesis», en *Social Service Review*, vol. 26 (marzo 1988), 1-19.

³⁵ COSER, L.: *The Functions of Social Conflict* (1965), obra traducida por FCE, México; REX, J.: *Problemas Fundamentales de la Teoría Sociológica*. Amorrortu, Buenos Aires, 1968 (e. o., 1961); REX, J.: *Race Relations and Sociological Theory*. Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1971; DAHRENDORF, R.: *Clase y Conflicto de Clase en la Sociedad Industrial*. Rialp, Madrid. Para las repercusiones que estos planteamientos tuvieron en el trabajo social ver CLARKE: «Critical Sociology and Radical Social Work; problems of Theory and Practice», en PARRY, N.; RUSTIN, M., y SATYAMURTI, C. (eds.): *Social Work, Welfare and the State*. Edward Arnold, Londres, 1979.

³⁶ HOMANS, G. C.: *Social Behavior: Its Elementary Forms*. Harcourt Brace, Nueva York, 1961. Revisado en 1974.

³⁷ ALEXANDER, J.: *o. c.*, p. 137.

³⁸ HOMANS, G. C.: «Bringing Men Back In», en *American Sociological Review*, vol. 29 (1964), p. 813.

³⁹ Una breve síntesis de la teoría de Homans y su relación con el funcionalismo parsoniano puede hallarse en ALEXANDER, J.: *o. c.*, pp. 131-160.

⁴⁰ BLUMER, H.: *Symbolic Interactionism: Perspective and Method*. Englewood Cliffs, Nueva York, 1969. (Versión en español en editorial Hora, Barcelona, 1982.)

⁴¹ BLUMER, H.: *o. c.*, p. 10. Para una síntesis del interaccionismo simbólico ver ALEXANDER, J.: *o. c.*, pp. 161-193, y JOAS, H.: «El Interaccionismo Simbólico», en GIDENS, A. (ed.): *o. c.*, pp. 112-154.

⁴² BLUMER, H.: *o. c.*, p. 17. Sobre el legado de H. Blumer ver el número monográfico dedicado a este tema por la revista *Symbolic Interacción*, vol. 11, n.º 1, 1988.

⁴³ BECKER, H.: *Los Extraños. Sociología de la Desviación*. Edit. Tiempo Contemporáneo (e. o., 1961); ERIKSON, K.: *Wayard Puritans: A Study in Sociology of Deviance*. John Wiley, Nueva York, 1966; PLATT, A.: *The Child Savers: The Invention of Delinquency*. University of Chicago Press, Chicago, 1969; PFOHL, S.: *Images of Deviance and Social Control: A Sociological History*. McGraw-Hill, 1985; CHAMBLISS: *Crime and the Legal Process*. McGraw-Hill, Nueva York, 1969.

⁴⁴ TURNER, R., y KILLIAN, L.: *Collective Behavior*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1972.

⁴⁵ STRYKER, S.: *Symbolic Interactionism*. Benjamin Comming, Menlo Park, California, 1980.

⁴⁶ GUSFIELD, J.: *Symbolic Crusade: Status, Politics and the American Temperance Movement*. University of Illinois Press, Urbana, 1963, y *The Culture of Public Problems: Driving, Drinking, and the Symbolic Order*. University of Chicago Press, Chicago, 1981.

⁴⁷ ALEXANDER, J.: *o. c.*, p. 187; GOFFMAN, E.: *The Presentation of Self in Everiday Life*. Doubleday, Nueva York, 1959; *Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction*. Bobbs-Merril, Indianapolis, 1961; *Asylums*, Penguin, Harmondsworth, 1961; *Behaviour in Public Places*. Free Press, Nueva York, 1963; *Stigma*. Penguin, 1963; *Interaction Ritual*. Penguin, 1967; *Frame Analysis*. Harper & Son, Nueva York, 1973; *Relations in Public*. Penguin, 1971; *Strategic Interaction*. Basil Blackworth, Oxford, 1970; *Gender Advertisement*. Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1979; *Forms of Talk*. University of Pensilvania Press, Philadelphia, 1981. Una parte considerable de la obra de Goffman ha sido traducida al español.

⁴⁸ GARFINKEL, H.: *Studies in Ethnomethodology*. Polity Press, Cambridge, 1967; «Practical Sociological Reasoning: Some Features in the Work of the Los Angeles Suicide Prevention Center», en SCHNEIDMAN, E. S. (ed.): *Essays in Self Destruction*. International Science Press, Nueva York, 1967; «On the Origins of the Term “Ethnomethodology”», en TURNER, R. (ed.): *Ethnomethodology*. Penguin, Harmondsworth, Middlesex, 1974; *A manual for the Study of Naturally-Organized Ordinary Activities*. Routledge and Kegan Paul, Londres, 1988, 3 vols.; GARFINKEL, H., y SACKS, H.: «On Formal Structures of Practical Actions», en MCKINNEY, J. C., y TIRYAKIAN E. A. (eds.): *Theoretical Sociology*. Appleton Century Crofts, Nueva York, 1970, pp. 339-366. Para una síntesis actualizada de la perspectiva ethnomethodológica ver HERITAGE, J. C.: «Ethnometodología» en GIDDENS, A., *et al.*: *o. c.*, pp. 290-350.

⁴⁹ CICOUREL, A. V.: *Method and Measurement in Sociology*. Free Press, Nueva York, 1964; *The Social organization of Juvenile Justice*. Wiley, Nueva York, 1968; «Basic and normative Rules in the Negotiation of Status and Role», en SUDNOW, D.: «Normal Crimes», en *Social Problemas*, 12 (1965), 255-276; ZIMMERMAN: «Record-keeping and the Intake Process in a public Welfare Agency», en WHEELER, S. (ed.): *On Record; Files and Dossiers in American Life*. Sage, Beverly Hills, 1969; DOUGLAS, J.: *The Social Meaning of Suicide*. Princeton University Press, Princeton, 1967; ATKINSON, J. M.: *Discovering Suicide: Studies in the Social organization of Sudden Death*. Londres, 1978. *Social Organization of Sudden Death*. Mac Millan, Londres, 1978.

⁵⁰ SCHEGLOFF, E. A.: «Preliminaries to Preliminaries: “Can I Ask You a Question?”», en *Sociological Inquiry*, vol. 50 (1980), p. 151.

⁵¹ Cf. HERITAGE, J. C.: *o. c.*, p. 256.

⁵² SACKS, H.: «An Initial Investigation of the Usability of Conversational Data for Doing Sociology», en SUDNOW (ed.): *o. c.*, 1972, pp. 31-72; SACKS, SCHLEGLOFF, E. A., y JEFFERSON, G.: «A Simplest Systematics for the Organization of turn-taking Conversation», en *Language*, vol. 50 (1974), 696-

735; SHEGLOFF, E. A., y SACKS, H.: «Opening up Closings», en *Semiotica*, vol. 7 (1973) 289-327.

⁵³ McHOUL, A.: «The Organization of Turns at Formal Talk in the Classroom», en *Language in Society*, vol. 7 (1978), 183-213; MEHAN, H.: *Lerning Lessons: Social Organization in the Classroom*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1979; ATKINSON, J. M., y DREW, P.: *Order in Court: the Organization of Verbal Interaction in Judicial Settings*. Mac Millan, Londres, 1979; GREATBATCH, D.: *The Social Organization of News-Interview Interaction* (Tesis doctoral). Universidad de Warwick; HERITAGE, J.: «Recent Developments in Conversation Analysis», *Sociolinguistics* 15 (1985) 1-19; ZIMMERMAN, D. H., y WEST, D. (eds.): «Language and Social Interaction», número monográfico de la revista *Sociological Inquiry*, vol. 50, n.^{os} 3-4 (1980); FITZJOHN, J.: «An Interactionist View of the Social Work Interview», en *British Journal of Social Work*, vol. 4, n.^º 4 (1974).

⁵⁴ Cf. BERGHEAUD, P., y TRIPIER, P.: «Constitution des Sciences normales en Sciences Humaines: paradigme ou tension paradigmique», en Coloquio Interuniversitario: *Du mode de production des Sciences, signalisation, autonomie de la recherche*. Nivelles, 15 y 16 de mayo de 1981.

⁵⁵ Cf. KENDALL, K. A.: *o. c.*, pp. 167-168.

⁵⁶ SHEPPARD, M. G.: «Notes on the use of social explanation to social work», en *Issues in Social Work Education*, 4.1 (1984); HARDIKER, P., y BARBER, M. (eds.): *Theories of Practice in Social Work*. Academic Press, Londres, 1981; WOLIN, S.: «Paradigms and Political Theories», en KING, P., y PAREKH, B. C.: *Politics and Experience*. Cambridge University Press, 1968.

⁵⁷ Para una documentada síntesis sobre el debate entre positivistas y normativistas en la metodología del trabajo social ver, PEILE, Colin: *o. c.*, anteriormente en nota 34.

⁵⁸ HUDSON, W. H.: «Scientific Imperatives in Social Work Research and Practice», *Social Service Review*, 56 (junio 1982), 242-258; SCHUERMAN, J. R.: «The Obsolete Scientific Imperative in Social Work Research», en *Social Science Review*, 56 (marzo 1982), 144-148; GEISMAR, L. L.: «Comments on "The Obsolete Scientific Imperative in Social Work Research"», en *Social Service Review*, 56 (junio 1982), 311-312.

⁵⁹ HEINEMAN, M. B.: «The Obsolete Scientific Imperative in Social Work Research and Practice», *Social Service Review*, 55 (septiembre 1981), 371-397; HEINEMAN, M. B.: «The Future of Social Work Research», *Social Work Research and Abstracts*, 22.2 (1985), 3-11; IMRE, R. W.: «The Nature of Knowledge in Social Work», en *Social Work*, 29 (enero-febrero 1984), 41-45; RUCK-DESCHEL, R. A., y FARRIS, B.: «Assesing Practice: A Critical Look at the Single-Case Design», *Social Casework*, 62 (1981), 413-419, y «Science: Critical Faith or Dogmatic Ritual: A Rebuttal», en *Social Casework*, 63 (1982), 272-275; BARREIRE, Y.: «Symbolique et Travail Social», en *Societes*, n.^º 20 (octubre 1988), 7-10; FITZJOHN, J.: «And interactionist view of the social work interview», en *British Journal of Social Work*, vol. 4, n.^º 4 (1974).

⁶⁰ «los desarrollos en teoría del conflicto, teoría del intercambio, interaccionismo, etnometodología, hermenéutica y teoría marxista que desafiaron la hegemonía de Parsons y se definian en relación a él como "anti-parsonianos" aparecen en la actualidad más bien como "posparsonianos". El "antiparsoniano" ve a Parsons como un actor; el "anti" implica una rebelión contra él. "Posparsoniano" implica que Parsons ha sido superado, en términos históricos, ya que no en alcance teórico». ALEXANDER, J.: *o. c.*, p. 195.

⁶¹ ALEXANDER, J., et al.: *The Micro-Macro Link*. University of California Press, 1986; ALEXANDER, J.: «Some Remarks on "Agency" in Recent Sociological Theory». Ponencia presentada en el XII Congreso Internacional de Sociología, Madrid, 9-13 de julio de 1990; COLLINS, R.: «Interacción Ritual Chains and the production of the Stratified Social Order». Ponencia presentada en el XII Congreso Mundial de Sociología, Symposium I, Sesión 3, *Synthesizing and Interating the Macro and Micro Levels*, Madrid, 9-13 de julio de 1990.

⁶² STRYKER, S.: *Symbolic Interactionism: A Societal Structural Vision*. Benjamin Cummings, Menloc Park, 1980; LEWIS, J. D., y SMITH, R. L.: *American Sociology and Pragmatism: Mead, Chicago Sociology, and Symbolic Interaction*. University of Chicago Press, Chicago, 1980; FINE, G. A.: «Negociated Orders and Organization Cultures», en *Annual Review of Sociology*, vol. 10 (1984), 239-262.

⁶³ Cf. COLOMY, P.: *o. c.*; ELSTER, John: «Marxism, Functionalism and Game Theory», en *Theory and Society*, vol. 11 (1982), 453-482; GOODE, W.: *The Celebration of Heroes: Prestige as a social Control System*. University of California Press, Los Angeles, 1979.

⁶⁴ SCHELOGFF, E. A.: «Between Macro and Micro: Contexts and other Conections», en ALEXANDER, J., et al.: *o. c.*, 1986; HERITAGE, J., y GREAT-BATCH, D.: «Generating applause: A Study of Rethoric and Response at party Political Conferences», en *American Journal of Sociology*, vol. 92 (1986), 110-157; KNORR-CETINA, K. D., y CICOUREL, A. V. (eds.): *Advances in Social Theory and Methodology: Toward an Integration of Micro —and Macro— Sociologies*. Routledge and Kegan Paul, Londres, 1981.

⁶⁵ GIDDENS, A.: *The Constitution of Society: Outline of Theory of Structuration*. Polity Press, Cambridge, 1984; COLLINS, R.: «On the Microfundations of Macrosociology», en *American Journal of Sociology*, vol. 86 (1981), 98-1014; COLLINS, R.: «A Micro-Macro Theory of Creativity in Intellectual Careers: The of German Idealist Philosofy», en *Sociological Theory*, vol. 5 (1987), 47-69; HABERMAS, J.: *Teoría de la Acción Comunicativa*. Taurus, Madrid, 1988, 2 vols.; HABERMAS, J.: *El discurso Filosófico de la Modernidad*. Taurus, Madrid, 1989.

⁶⁶ ALEXANDER, J.: *Structure and Meaning: Essays in Sociological Theory*. Columbia University Press, Nueva York, 1987; ALEXANDER, J., y TURNER, J. (eds.): *Neofunctionalism*. Sage Publications, Beberly Hills, 1985; MUNCH, R.: «Teoría Parsoniana actual: en busca de una nueva síntesis», en GIDDENS, A., et

al. (eds.): *La teoría Social Hoy*. Alianza Universidad, Madrid, 1990; LUHMANN, N.: *Soziale Systeme*. Suhrkamp, Frankfurt, 1984.

⁶⁷ Cf. ALEXANDER, J.: *o. c.* (1989), p. 296; COLOMY, P.: *o. c.* (1990), p. 2.

⁶⁸ Cf. ALEXANDER, J.: *o. c.* (1990), p. 2; RITZER, G.: *Agency-Structure and Micro-Macro Syntheses: Consensus in Contemporary Theorizing?* Swedish Collegium for Advanced Studies in the Social Sciences, Upsala, 1989; HOLMWOOD, J.: «The structure-action problem: Synthesis, complementarity, and contradiction». Ponencia presentada en el XII Congreso Internacional de Sociología, Madrid, 9-13 de julio de 1990.

⁶⁹ BECKERMAN, A. H.: «Differentiating between Social Research and Social Work Research: Implications for Teaching», *Journal of Education for Social Work*, vol. 14, n.º 2 (1978), p. 14.

⁷⁰ HAWORTH, G. O.: «Social Work Research: Practice and Paradigms», *Social Service Review*, vol. 58 (septiembre 1984), p. 345.

⁷¹ FAY, B.: *Social Theory and political Practice*. Allen & Unwin, Londres, 1977; LEONARD, P.: *Personality and Ideology: Towards a Materialist Understanding of Individual*. Mac Millan, Londres, 1984; KARGER, H. J.: «Science, Research and Social Work: Who Controls the Profession», en *Social Work*, vol. 28 (mayo-junio 1983), 200-205; CLARKE, J.: «Critical Sociology and Radical Sociology and Radical Social Work; Problems of Theory and Practice», *o. c.*, en nota 35.

⁷² REASON, P., y ROWAN, J. (eds.): *Human Inquiry: A Sourcebook for New Paradigm Research*. Johny & Wiley, Chichester, 1981.

⁷³ FEYERABEND, P. K.: *Contra el Método*. Ariel, Barcelona, 1974; PEPER, S. C.: *World Hypotheses*. University of California Press, 1942; BURREL, G., y MORGAN, G.: *Sociological Paradigms and Organizational Analysis*. Heineman, Londres, 1979; MORGAN, G.: *Beyond Method*. Sage, Beverly Hills, 1983.

⁷⁴ Cf. PIEPER, H.: «The Future of Social Work Research», en *Social Work Research and Abstracts*, vol. 21, n.º 4 (1985), 3-11; FISHER, J.: «The Social Work Revolution» en *Social Work*, vol. 26 (mayo 1981), 199-207.

⁷⁵ BOHM, D.: *Wholeness and the Implicate Order*. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1980; BRIGGS, J., y PEAT, F. D.: *The Looking Glass Universe: The Emerging Science of Wholeness*. Cornerstone, Nueva York, 1984; PRIGOGINE, I.: *¿Tan sólo una ilusión?: Una exploración del caos al orden*. Tusquets, Barcelona, 1983; PRIGOGINE, I., y STENGERS, I.: *La Nueva Alianza: Metamorfosis de la Ciencia*. Alianza, Madrid, 1983; SHELDRAKE, R.: *A New Science of Life*. Paladin, Londres, 1985.

⁷⁶ Cf. PEILE, C.: *o. c.*, pp. 13-14.